

El objeto falso.

Una reflexión sobre *Manual del distraído*

Goretti Ramírez

Más que dar respuestas, el *Manual del distraído* de Alejandro Rossi plantea preguntas. Frente a la eficiencia del manual enciclopédico para la consulta sobre procedimientos mecánicos, el *Manual* de Alejandro Rossi ofrece dudas, temores, nostalgias, reflexiones «sin pretensiones cósmicas, con amor al detalle» (7). No en vano, el mundo que refleja es el mundo de la medianía urbana: ventanas de departamentos desde las que se ven tendedores de ropa y antenas de televisión, calles pequeñas o avenidas estruendosas, parques, niños que se aburren en hoteles de lujo, universidades: la pequeñez del hombre que trata de reconciliarse con una ciudad inabarcable, con un mundo que es también inabarcable.

La ciudad de Alejandro Rossi se alza desde la nostalgia del espacio natural, desde el recuerdo de «cómo era el universo antes del cemento o del monóxido de carbono» (78). Una de las reflexiones que mejor ilustran esta visión de la ciudad es su reflexión sobre la técnica. Para Alejandro Rossi, la técnica hace que la civilización se aleje del mundo natural. En «Plantas y animales», por ejemplo, unas observaciones sobre el Jardín Zoológico del siglo XIX lo llevan a lamentar la distancia de la ciudad con respecto al mundo natural. A la misma reflexión conducen sus observaciones sobre la casa urbana:

La técnica acentúa la lejanía. Las casas, esos espacios autónomos y aislados, están conectadas con la naturaleza mediante tuberías y cables: abrimos la llave y sale el agua, basta un movimiento para que se encienda la luz o para que el gas caliente la comida. Elementos indispensables que nos llegan de manera anónima y subterránea, casi abstracta, sin asociaciones, sin recuerdos, sin acercarnos a nada. Como una voz grabada que repite la hora exacta (78).

«El objeto falso» contiene la médula de esta denuncia del alejamiento del mundo moderno con respecto al mundo originario. Después de deslindar los casos de la imitación de la obra literaria y la falsificación de la obra artística, Alejandro Rossi centra sus reflexiones en la proliferación de objetos falsos

en el mundo actual: servilletas de papel, vasos y platos de cartón, *kleenex*, plantas de plástico. «Pienso en la variedad enorme de objetos falsos que pueblan nuestro mundo cotidiano, un mundo que se construye como réplica sistemática, un reflejo, una fantasmagoría» (82). Frente al «oficio modesto» (80) de la falsificación de objetos de arte, la proliferación de objetos falsos lleva consigo el riesgo de suplantar el mundo real por un mundo falso:

El vaso de cartón no simula uno de cristal; es también un vaso, sólo que de cartón. Suplanta, no imita o copia. [...] Lo que repudio es el haber degradado nuestra capacidad de imitación, el haberla puesto al servicio de baratijas insignificantes. Repudio ese mundo paralelo e inauténtico que nos va cercando y cuyo destino preveo que es la imitación progresiva de sí mismo hasta llegar al fantasma absoluto. Pierre Menard es inalcanzable, pero debería ser el dios tutelar de los imitadores (81 y 83).

No cabe duda de que «El objeto falso» rebasa las lindes de una simple denuncia del carácter artificial del objeto falso y se sitúa, de un modo más global, en una meditación sobre el sentido del hombre entre los objetos del mundo moderno. En última instancia, plantea la necesidad de reparar en el canje fraudulento de unos objetos por otros, de unos signos por otros. No es ajena esta preocupación al pensamiento moderno. De hecho, en el caso concreto de «El objeto falso» Alejandro Rossi está muy próximo a Walter Benjamin. Si bien Walter Benjamin no se refiere al objeto falso sino a la reproducción de la obra de arte, sus reflexiones tienen una sorprendente coincidencia (acaso sea sólo eso) con las de Alejandro Rossi. Según el pensador alemán, la reproducción pone en duda el aura y la autoridad del objeto original (223), y amenaza además su condición de objeto único (225). Frente al atributo de permanencia que caracteriza al objeto original, la reproducción lleva consigo el estigma de lo transitorio (225), de lo efímero. Carácter reemplazable (no único) y efímero (no permanente): éstos son precisamente los atributos del objeto falso, según Alejandro Rossi:

Los nuevos materiales, por otra parte, impiden que los objetos, para decirlo de alguna manera, se subjetivicen y trasciendan su utilidad inmediata. La relación con ellos es desatenta, fría, rápida, instrumentos para satisfacer necesidades, testimonios de nuestras exigencias fisiológicas, difícilmente de nuestras fantasías, preferencias, fetichismos, recuerdos, manías. La causa, claro está, se localiza en la caducidad, en el carácter efímero de esos objetos enfermos, fabricados para desgastarse, para descomponerse a plazo fijo. Los vivimos, además, como reemplazables, uno más entre muchos, en el fondo anónimos, intercambiables, cualquier tienda los exhibe y lo único que varía es el precio. Objetos sin historia, que nos rodean de soledad (81-82).

La reflexión sobre el canje fraudulento de unos objetos (signos) por otros no sólo se encuentra en «El objeto falso». Subyace también a otras muchas páginas del *Manual del distraído*. De este modo, Alejandro Rossi va poco a poco dibujando la imagen de una ciudad duplicada: la ciudad originaria y auténtica, pero que ya no es visible; y la ciudad que efectivamente existe ahora, y que está llena de objetos (signos) falsos que suplantán a los originales:

Cuando nos mojamos la cara o cuando nos lavamos las manos, el agua, por así decirlo, ocupa el mismo sitio que la toalla y el jabón: instrumentos subordinados a nuestras necesidades. No es un río el que allí irrumpe de pronto: es un líquido que disuelve, mientras pensamos en otra cosa, la grasa y la suciedad (78).

El teléfono es sólo un sucedáneo de la amistad: «frente a él carezco de naturalidad o tal vez de la técnica adecuada» (33). La calle no es ya lugar de convivencia, sino «un tubo por el cual circulamos» (35). Los profesores universitarios han sido sustituidos por profesores apócrifos: Juan de Mairena («El profesor apócrifo»), o Gorrondona («Sin misterio» y «Ante el público»).

No es casualidad que *Manual del distraído* se abra con un texto titulado precisamente «Confiar», donde se establece: «Confiamos, además, en que las cosas conservan sus propiedades. [...] Creemos en nuestra singularidad, es decir, en que siempre será posible encontrar un rasgo, así sea insignificante, capaz de distinguir a dos hombres entre sí» (10-11). Sin embargo, esta confianza en el carácter único y permanente de los objetos se desvanece pronto. En «Regiones conocidas», Alejandro Rossi no oculta su preocupación por los problemas que en ese momento atraviesa Swedenka, una comunidad que fue creada sobre un modelo utópico: «Parece ser que esa juventud fue educada bajo un axioma explosivo: cada objeto del universo es igual a sí mismo: una silla es una silla, un caballo es un caballo, una tuerca es una tuerca, una flor es una flor» (141).

Un paso más allá en el proceso de falsificación del mundo se atisba en «La doma del símbolo». Alejandro Rossi repara en la reproducción masiva del retraso del Che Guevara, que queda así convertido en mero adorno. Es decir, que los objetos falsos y ornamentales de la moda han suplantado a las insignias con mensaje político: «La integración del símbolo a la moda crea las condiciones para convertir la historia en mitología. [...] El símbolo, reducido a maquillaje, deja de ser subversivo» (148).

Se trata, en suma, de un mundo en el que los signos están sometidos a una continua suplantación y migración, a un *perpetuum mobile*. Como en la

conocida parábola del mapa de Borges (un mapa tan exacto que llega a suplantar al mundo), la suplantación de los signos originarios implica el riesgo de un mundo fantasmagórico. Acaso el máximo exponente de objeto falso sea la escritura, un artefacto que suplanta a la palabra oral. Según recuerda Derrida, el poeta fue expulsado de la República platónica porque la palabra escrita intenta suplantar a la palabra oral originaria, a la memoria. Ciertamente Alejandro Rossi no recoge esta idea en *Manual del distraído*, pero sí lo hace tímidamente en su volumen de cuentos *La fábula de las regiones*. Pues las regiones son un territorio no apresable por la cartografía ni por el Libro de Texto de la Historia, un espacio de la fábula, de la oralidad. Son así la materialización de ese espacio originario, sin copias fraudulentas, que en la ciudad sólo pervive en la nostalgia. Por eso Cruz, uno de los personajes del cuento «El cielo de Sotero», tiene una mirada «incansable, como si todos los objetos de este mundo fueran una novedad interesante» (14).

En cualquier caso, en *Manual del distraído* el mundo falso termina por superponerse al mundo real. Sólo en algunos momentos surge la posibilidad de un mundo donde los objetos sean únicos, aunque a menudo en situaciones que rozan el absurdo. En «Robos», el niño que pasa una temporada larga en un hotel relata sus robos de una bola de madera y una linterna. Cuando la bola de madera cae de un piso a otro, el niño sospecha que el golpe puede haber matado a un perro «de esos finos, con collar, asquerosamente acariciado por su dueña» (37): «Al fin y al cabo es un perro, señora, ya le dije que le compraré uno idéntico» (37). El huésped al que roba la linterna «perdió los estribos cuando una señora chilena comentó que para ella todas las linternas del mundo eran iguales» (39). En ambos casos, quienes sostienen que los objetos son únicos se ven reducidos al absurdo, al ridículo incluso. Olvidan que los objetos del mundo son reemplazables, reproducibles, efímeros. Las travesuras del niño terminan sin gran trascendencia y el orden del mundo se restablece. El relato acaba lacónicamente: «No aprendí nada» (40).

Bibliografía

- WALTER BENJAMIN (1968), *Illuminations*, ed. e introd. de Hannah Arendt. trad. de Harry Zohn, Nueva York: Harcourt, Brace & World.
- JACQUES DERRIDA (1981), «Plato's Pharmacy», *Dissemination*, trad. Barbara Johnson, Londres: Athole Press, pp. 61-171.
- ALEJANDRO ROSSI (1997), *La fábula de las regiones*, Barcelona: Anagrama.
- (1980), *Manual del distraído*, Barcelona: Anagrama.